

Poesía oscura de tiempos antiguos

SELECCIÓN, PRÓLOGO Y NOTAS
E. EHRENDOST

Editorial Alastor



Francesco Petrarca

Solo y pensativo

Solo y pensativo las tierras más desoladas
voy midiendo con pasos tardos y lentos,
y presto a huir mantengo mis ojos atentos
al menor vestigio de cualquier huella humana.

No encuentro otro escudo que me proteja
de ante la ajena mirada quedar expuesto,
pues en toda la extinta alegría de mi aspecto
bien puede leerse el fuego que me atormenta.

Por eso creo que ya los montes, las costas,
los ríos y los bosques conocen los extremos
de mi vida, que a los otros oculta mantengo.

Pero nunca senderos tan ásperos y salvajes
he podido hallar a los que Amor¹ no me siga
para hablar conmigo y yo con él todo el día.

¹ Amor era el nombre que en la poesía latina se daba al dios romano Cupido, equivalente al Eros griego, divinidad del deseo amoroso.

Antonio Beccari da Ferrara

Las estrellas universales y los cielos que giran

¡Las estrellas universales y los cielos
que giran, toda su enorme influencia,
el movimiento eterno y toda su fuerza,
y especialmente las características,
las inclinaciones y las disposiciones
con las que han dotado a mi naturaleza,
así como el fuego que nunca se extingue
y todo el aire, el agua y la tierra
que en mi humana forma se integran
sean malditos junto con todo su poder!
¡Maldito el deseo que empujó a mi padre
a insuflar en mis atribulados miembros
su semilla y todo este amargo dolor!
¡Maldito también el cuerpo de mi madre,
donde se consumó la terrible unión
de mi alma infeliz y esta pobre arcilla,
más dolorosa que aquella de Yocasta!¹

¡El inesperado momento en que nació
y el calor, las lluvias y los vientos
que me recibieron sean malditos!
¡Malditos los nutrientes y las ropas
que aseguraron en su comienzo la vida
que me dio motivo para estos versos!
¡Malditos sean de una punta a la otra
el agua, las sales y la pila bautismal
de mi cristianismo, y aquel que me dio
mi nombre en aquel aciago momento!
Niño era cuando, como amuleto,
un grupo de tres dados me fue colgado
del cuello en una pequeña bolsa.
¡Maldita sea la estrella que me hizo
vagar a través de todo el mundo
con mucha más tristeza de la que pudo
sentir Edipo² al arrancarse los ojos!

¹ Esposa de Layo, rey de Tebas. Su primer hijo, Edipo, fue abandonado en un monte al nacer. Ya adulto, Edipo dio muerte a su padre y desposó a su madre sin saber de quiénes se trataba. Según algunos autores, Yocasta se suicidó al descubrir la verdadera identidad de Edipo; según otros, cuando dos de sus hijos fruto del incesto se mataron entre sí.

² Edipo se arrancó los ojos al descubrir que había matado a su padre y desposado a su madre.

Antonio Cammelli

La Disperata

La desnuda tierra se cubre ya con su manto
verde y tierno, y todo el mundo se alegra;
yo, en cambio, doy inicio a mi gran llanto.

Los árboles se visten con hojas; yo, de negro.
Sus pelajes los animales van renovando;
el mío, hecho jirones, se va desintegrando.

Crece el canto de las aves; en mí, el dolor.
Buscan ellas las más verdes frondas;
yo, aquel tronco donde no crecen hojas.

Cantan en alegre jolgorio; mi risa se oculta.
Remontándose al cielo abandonan la tierra;
yo busco las tinieblas más profundas.

El mundo se halla en paz; yo, en guerra.
El sol brilla y alumbra cada vez más;
para mí todo parece noche y estar bajo tierra.

Ahora nace para los amantes el nuevo amor;
ahora se entregan a sus cantos y sus juegos;
¡ay!, ahora crece en mí el amargo sufrimiento.

Los otros se asolean; yo al fuego me expongo.
Los otros anhelan vivir una vida feliz;
yo, a cada paso que doy, a la Muerte invoco.

Los otros buscan ya pareja, ya amigos;
yo me lamento al encontrarme con alguien
y me siento más cómodo buscando enemigos.

Soy cual tórtola que vuela sin compañera,
que en ramas viejas permanece llorando
y que no bebe nunca de los estanques claros;

búho en cuyos oídos resuenan los techos,
murciélago que no vuela nunca de noche;
en mí se refleja quien no sabe que ha muerto.

Flaminio de Birague

Desesperado, totalmente cansado de la vida

Desesperado, totalmente cansado de la vida,
camino a largos pasos por el doloroso sendero
del espantoso Orco¹, a donde el severo hado
ha desde la cuna a mi juventud condenado.

Aquí, el terror de la noche oscura y tenebrosa
y el espeluznante horror del sombrío Aqueronte²,
junto con todos los tormentos del negro Hades,
colman mi cabeza de una manía ingobernable.

Cielo, ¿por qué me has hecho nacer aquí abajo
para sufrir mil castigos peores que la muerte
y morir sin morir mil veces en una hora?

¡Ay!, ¡aplaca siquiera un poco tu injusto rigor
o, para liberarme al fin de mi lóbrega tristeza,
déjame morir ya, así muere también mi dolor!

¹ Uno de los nombres alternativos que recibía el Hades o Infierno.

² El Aqueronte (río del dolor) era otro de los cinco ríos del Hades, aquel por el que Caronte cruzaba a los muertos con su barca.

Marc-Antoine Girard de Saint-Amant

La soledad

¡Oh, cómo adoro yo la soledad!
¡Lugares consagrados a la noche,
alejados del tumulto y del ruido,
cómo dais sosiego a mis angustias!
¡Oh, cómo se complacen mis ojos
al ver a estos bosques, ya presentes
en el origen mismo de los tiempos
y que todos los siglos han venerado,
permanecer tan verdes y magníficos
como en los primeros días del universo!

Un alegre céfiro¹ acaricia su follaje
con un movimiento dulce y agradable,
y nada salvo su imponente altura
pone de manifiesto su extrema vejez.
Tiempo atrás, Pan y sus semidioses
vinieron aquí a buscar refugio,
cuando Júpiter abrió los cielos
a fin de enviarnos su diluvio²,
y, trepándose a las altas ramas,
a duras penas si vieron las aguas.

¡Oh, cómo sobre este espino florecido,
que ha enamorado a la primavera,
Filomela³, con su tierno canto,
mantiene vivos mis ensueños!
¡Y cuán placentero me resulta ver
estos montes y sus precipicios,
que los golpes de la desesperación
tan propicios hacen a los desdichados
cuando la crueldad de su suerte
los empuja a buscar la muerte!

¹ Céfiro era, entre los griegos, el dios del primaveral viento del oeste. Era muy común en la poesía francesa el uso de *céfiro* para referirse a las brisas apacibles.

² Zeus desató un diluvio universal para castigar a la raza humana por hacer uso del fuego que Prometeo había robado a los dioses.

³ Filomela es una forma poética de llamar al ruiseñor tras el trágico mito helénico, muy extendido en la literatura clásica, que narra la transformación del rey Tereo, su esposa Procne y su cuñada Filomela en una abubilla, una golondrina y un ruiseñor, respectivamente.

François Tristan l'Hermitte

En los cementerios

Lugar melancólico en que los espíritus en pena
cada noche se lamentan de sus adversidades
y murmuran sin cesar sobre las necesidades
que los empujan a errar entre tumbas decrepitas.

Aquí, huesos apilados y viejas piedras parlantes
que preservan nombres para la posteridad
rinden testimonio de la vida y su fragilidad
para censurar el orgullo de las almas arrogantes.

¡Oh, tumbas, pálidos testigos del riguroso destino
a donde en secreto vengo a dialogar con la Muerte
de un amor que no veo bien recompensado,

vosotras llenáis las almas de espanto y horror;
mas el objeto más dulce que me viene a la mente
es aún más triste y funesto que todo cuanto sois!

John Milton

L'Allegro

De ahora en más, aborrecida Melancolía,
nacida de Cerbero y de la negra Noche
en una desolada caverna estigia,
entre hórridas formas, gritos y visiones impías,
encuentra alguna espantosa celda
en la que la oscuridad despliegue sus celosas alas
mientras el cuervo nocturno canta,
y allí, bajo sombras de ébano y ceñudas rocas
tan escabrosas como tus rizos,
en un oscuro desierto cimero¹ por siempre mora.

Pero tú ven a mí, diosa hermosa y libre,
en el cielo llamada Eufrosine²
y por los hombres regocijante Alegría,
a quien la hermosa Venus en un parto,
junto a otras dos gracias³ como hermanas,
al dios Baco coronado de hiedra dio;
o tal vez, como algunos más sabios cantan,
a quien el travieso viento de la primavera,
Céfiro, mientras jugaba con Aurora
una vez que se encontraron en mayo
sobre lechos de azules violetas
y frescas rosas bañadas de rocío,
con su amiga engendró, una hija hermosa,
tan cordial, animada y encantadora.

Apresúrate, ninfa, y trae contigo
las bromas y el juvenil espíritu festivo,
las burlas, las ocurrencias, las joviales tretas,
las señas, los guiños y las amplias sonrisas
similares a las que rondan las mejillas de Hebe⁴
y aman vivir en esos radiantes hoyuelos;
la Diversión, que a la adusta Inquietud ridiculiza,
y la Risa, que sin cesar sus dos lados estira.
Ven y danza con agilidad mientras caminas
sobre las ligeras y fantásticas puntas de tus pies;

¹ Cimeria era, en la mitología griega, el país de la noche eterna.

² Diosa griega de la alegría, una de las tres cártes o gracias.

³ Las otras gracias, hermanas de Eufrosine, eran Aglaye, la belleza, y Talía, la abundancia.

⁴ Diosa griega de la juventud, equivalente a la Juventas romana.

Thomas Parnell

Nocturno sobre la muerte

A la vacilante lumbre azul de la candela,
ya no pasaré mis extensas noches de vigilia
empeñado en leer con interminable vista
las palabras de los académicos y eruditos:
sus libros se alejan demasiado de la sabiduría
o, como mucho, señalan el camino más largo.
Buscaré, en cambio, una senda más directa
e iré a donde la mayor sabiduría se enseña.

¡Cuán oscuro es el azul que tiñe ese cielo
en el que yacen innúmeras esferas doradas
por entre cuyas filas, en plateado orgullo,
un bajo cuarto creciente parece deslizarse!
La adormilada brisa se olvida de soplar
y claro y tranquilo descansa el lago debajo,
donde nuevamente la constelada visión
desciende para asaltar nuestra mirada.
El terreno, que por la derecha asciende,
en la penumbra se desvanece de la vista;
la izquierda presenta un sitio de tumbas
cuyo muro es bañado por aguas silentes.
Un campanario guía a los ojos dubitativos
entre los lívidos resplandores de la noche.
Caminando allí con paso melancólico,
entre los solemnes túmulos del destino,
uno piensa, mientras pisa suavemente
sobre los venerables restos mortuorios:
«Un tiempo hubo en que como tú vivieron,
y un tiempo habrá en que tú descansarás».

Esas tumbas que, bajo los sauces llorones,
sin nombre salpican un terreno irregular
rápidamente revelan al atento pensamiento
dónde descansan la Pobreza y el Esfuerzo.

Las pulidas lápidas que ostentan un nombre
que el delgado cincel ayudó a preservar
(para que, antes de seguirlos a la tumba,
sus deudos pudiesen a menudo visitarlos)
señalan una raza intermedia de mortales,
hombres ambiciosos mas desconocidos.

Robert Blair

La Tumba

(EXTRACTOS)

Mientras algunos prefieren el sol y otros la sombra, algunos evitan la sociedad y otros la reclusión, siendo sus objetivos tan variados como los caminos que toman al viajar por la vida, mía será la tarea de pintar los tenebrosos horrores del sepulcro, el lugar de reunión donde finalmente se encontrarán todos esos viajeros, ¡e imploro para ello tu socorro, Rey eterno en cuyo poder se encuentran las llaves de la muerte y del Infierno! ¡Oh, Tumba, temido lugar, el hombre se estremece cuando eres mencionada, y la aterrada Naturaleza pierde su habitual firmeza! ¡Ah, cuán sombríos son tus vastos reinos y tus tristes dominios, donde sólo reinan el silencio y la Noche, oscura como lo era el Caos antes de que el joven sol hubiese empezado a rodar o arrojado rayo alguno hacia las profundas tinieblas! La vela mortecina, al arder a través de las brumosas y siniestras bóvedas cubiertas de mohosa humedad y viscoso cieno, deja caer un horror multiplicado sobre todo y sólo sirve para volver más ominosa la noche. ¡Terrible sitio, bien te reconozco por tu confiable tejo! ¡Oh, planta sombría y antisocial, que amas morar en medio de cráneos, ataúdes, gusanos y epitafios, allí donde volátiles fantasmas y espectrales sombras, según dicen, toman forma bajo la pálida y fría luna para llevar a cabo sus místicas danzas y rondas! tú no conoces, lúgubre árbol, más alegría que esa.

¡Ved aquella pequeña capilla sagrada, la piadosa obra de nombres otrora famosos, ahora dudosos u olvidados y enterrados entre las ruinas de las cosas que fueron! allí yacen en sus sepulcros los muertos más ilustres. El viento sopla, ¡oid cómo aúlla!; no creo haber oído nunca hasta hoy un sonido tan deprimente como este. Puertas crujen, ventanas golpean, y el ave de la noche chilla desde el elevado chapitel; las sombrías naves, de negras paredes que ostentan andrajosos blasones y deslucidos escudos de armas, devuelven el sonido, con ecos más pesados, desde las profundas bóvedas,

Charlotte Smith

En las ruínas de una capilla desierta

Veloces flotan las hinchidas nubes a través del cielo,
aterrada bajo la tormenta la tierra parece temblar,
mientras que sólo los seres infortunados como yo
buscan los helados horrores de la feroz tempestad.

Ni aun alrededor de las ruinas, en busca de alimento,
el famélico búho osa emprender su nocturno vuelo,
ni tampoco en su cueva, en lo profundo del bosque,
el zorro se atreve a enfrentar la furia de los elementos.

Pero agradable a mi corazón es este oscuro temporal
que me mantiene lejos de un mundo que deseo evitar:
ver a la Ruina abatir sobre las tumbas sus estragos
se aviene a la melancólica tristeza de los desdichados;

ni son esta profunda oscuridad y estos cortantes vientos
tan negra como mi destino o fríos como mis tormentos.

ÍNDICE

Prólogo	7
FRANCESCO PETRARCA	
<i>Solo y pensativo</i>	17
<i>Oh, pasos errantes</i>	18
<i>Todo el día lloro</i>	19
<i>Ave más solitaria que yo</i>	20
ANTONIO BECCARI DA FERRARA	
<i>Las estrellas universales y los cielos que giran</i>	21
SIMONE SERDINI	
<i>Los odiosos labios en que ya he puesto</i>	25
<i>Los cuerpos celestes y todas las estrellas</i>	28
ANTONIO CAMELLI	
<i>La Disperata</i>	31
BENEDETTO GARETH	
<i>Mirando fijamente el blanco planeta</i>	39
<i>Si el habla perturbada y llena de horror</i>	40
ANTONIO TEBALDEO	
<i>Lengua mía cansada de tanto lamentarse</i>	41
PIETRO ARETINO	
<i>Desperata</i>	47
ISABELLA DI MORRA	
<i>Una vez más ahora, oh, valle infernal</i>	51
<i>Si a mis esperanzas un nuevo obstáculo</i>	52
JOACHIM DU BELLAY	
<i>Astros crueles, y vosotros, dioses inhumanos</i>	53
<i>El dulce sueño me concede paz y placer</i>	54
<i>El canto del desesperado</i>	55
PIERRE DE RONSARD	
<i>Ah, largas noches de invierno</i>	57
<i>Ya no soy más que huesos</i>	58
OLIVIER DE MAGNY	
<i>Ahora estoy solo y veo que nadie me escucha</i>	59
<i>Oh, clara luna que nos muestras tu rostro</i>	60
PHILIPPE DESPORTES	
<i>Noche, madre del temor, cruel con los afligidos</i>	61
<i>En torno a los cuerpos que temprana muerte</i>	62

SIMÉON-GUILLAUME DE LA ROQUE	
<i>Oscuro valle, montaña imperturbable</i>	63
<i>Oh, miserable vida, por siempre agitada</i>	64
FLAMINIO DE BIRAGUE	
<i>Desesperado, totalmente cansado de la vida</i>	65
<i>Mi vida es un infierno de dolores y torturas</i>	66
<i>Vosotros que habitáis el negro Orco</i>	67
<i>Ya que la cruel hermana</i>	68
THÉODORE AGRIPPA D'AUBIGNÉ	
<i>Suspiros exhalados, sollozos en el aire perdidos</i>	71
<i>Ved al cielo morir en un doloroso esfuerzo</i>	72
<i>Todos aquellos que han probado cuántas muertes</i>	73
FRANÇOIS BÉROALDE DE VERVILLE	
<i>El fuego, el horror, la muerte, la pena y la ruina</i>	79
<i>Quiero ahogar mi vida entre torrentes de lágrimas</i>	80
ESTIENNE DURAND	
<i>Sombras que en el horror de vuestra noche eterna</i>	81
THÉOPHILE DE VIAU	
<i>Las parcas tienen rostros más alegres que el mío</i>	83
<i>Sobre el exilio</i>	84
MARC-ANTOINE GIRARD DE SAINT-AMANT	
<i>La soledad</i>	85
FRANÇOIS TRISTAN L'HERMITE	
<i>En los cementerios</i>	91
<i>La miseria del hombre de mundo</i>	92
SAMUEL DANIEL	
<i>Al Sueño</i>	93
<i>Si esto es el amor</i>	94
JOHN MILTON	
<i>Allegro</i>	95
<i>Il Penseroso</i>	99
<i>El paraíso perdido (EXTRACTOS)</i>	104
THOMAS PARNELL	
<i>Nocturno sobre la muerte</i>	137
EDWARD YOUNG	
<i>Pensamientos nocturnos (EXTRACTOS)</i>	141
ROBERT BLAIR	
<i>La Tumba (EXTRACTOS)</i>	147
THOMAS GRAY	
<i>Elegía escrita en un cementerio rural</i>	161
JOSEPH WARTON	
<i>Oda a la Soledad</i>	165
<i>Oda a la Superstición</i>	166
THOMAS WARTON	
<i>Los placeres de la Melancolía</i>	167
JAMES MACPHERSON	
<i>La canción de Colma</i>	175

THOMAS CHATTERTON	
<i>Elegía</i>	177
<i>Elegía escrita en Stanton Drew</i>	178
CHARLOTTE SMITH	
<i>En las ruinas de una capilla desierta</i>	179
<i>En una aldea nevada bajo la luna</i>	180
<i>En un cementerio de Middleton</i>	181
<i>A la luna</i>	182
GAVIN TURNBULL	
<i>Elegía</i>	183
<i>Oda a la Melancolía</i>	184
<i>Endecha</i>	185